

EL SUELO DE LINÓLEO

Luis Paudinero Garcia

EL SUELO DE LINÓLEO

A su madre no le gustaba nada que subiera al barrio de arriba con Teresuca, siempre pensó que no le haría bien la compañía de esa niña, criada por sus abuelos, Damián el sepulturero y la Baltasara, pero a ella la encantaba subir con Teresuca. Damián siempre le contaba alguna anécdota o chascarrillo.

— Inesilla siéntate que te voy a contar cómo se le perdieron a tu abuelo los bueyes en Serrota y los encontramos entre la nieve a los ocho días muertitos de hambre.

Y así casi siempre que subía a su casa, la abuela la daba un chusco de pan moreno que la encantaba, ya que ella siempre lo comía blanco, se sentaba a la puerta y disfrutaba de lo que no tenía en su casa, cariño. La casa de Teresuca era de las típicas pobres de Cepeda de la Mora, sólo tenía un pequeño portal y a un lado una cocina y al otro una sala, alcoba, comedor, habitación, bueno hacía todas las funciones, al final del portal había una escalera de mano que te llevaba al doblado, y allí era donde más las gustaba subir, se subían de vez en cuando, cuando la Baltasara no las veía y allí se zingaban en los cabezales de su abuelo y contaban historias e imaginaban su vida fuera de Cepeda.

La mayoría de las veces, Inesilla tenía que salir corriendo la calle abajo para llegar pronto a casa y que su madre no se enfadara, decía que se había entretenido al salir del rosario. Siempre la misma excusa y siempre la misma reprimenda.

— No sé porqué tienes ese vicio de ir a meterte en casa de la Baltasara, cuidado que te tengo dicho que te juntes con la niña de Don León y no hay manera, siempre corriendo con la Teresuca, yo no digo nada de la niña, pero hay cosas que no me gusta que le oigas al Damián, se le ha ido la cabeza hace mucho tiempo y no habla nada más que bobadas.

Se metía en el comedor, y allí hacía sus deberes o lo que fuera. Ella sí que tenía alcoba para ella sola, su casa era enorme, con un portal grandísimo del que salían dos salas, una a la derecha con una alcoba y otra a la izquierda con dos, al fondo estaba la grandísima cocina, la despensa en la que había casi de todo, y el cuarto de la criada, tenía también una escalera interior que te llevaba al piso de arriba allí estaba la habitación de sus padres, otro comedor y otra sala con alcobas, esto lo sabía Teresuca por Inés, porque ella no había pasado nunca del umbral de la puerta.

Casi siempre coincidían por las tardes con los criados que traían los carros con leña y los pastores con el atajo de ovejas. Las ovejas era lo que más le gustaba a Inés de su casa, a las vacas casi no las miraba, sin embargo con las ovejas sentía predilección, Santiago casi siempre le dejaba el burro un rato y le llevaba a la fuente nueva a darle agua, cuando venía con el burro siempre la misma cantinela:

— Al burro al primero que se le atiende, y tu muchacha no me haces ni caso, mañana no te le dejo y punto.

Pero siempre se le volvía a dejar, la quería mucho, Santiago siempre estuvo en su casa, desde niño con las ovejas, ahora era un hombre ya casado, muy serio y formal, nunca le vio discutir con su padre, tenían mucha confianza en él y siempre le preguntaban que le parecían los asuntos de la ovejas, cosa que nunca hicieron con los vaqueros, las vacas eran la joya de la familia, eran el todo en la casa, desde siempre. Por eso cuando nació Inés después de algunos embarazos frustrados, la decepción para sus padres fue mayúscula, ellos querían a toda costa un niño que continuara con la tradición familiar y con el negocio y no vieron en ella la posibilidad de seguir con él. Ya no hubo más hijos en el matrimonio, sólo Inés, resignados la criaban como en una burbuja de cristal.

En la primavera de ese año iban a tomar la comunión, un acontecimiento en el pueblo y en todas las familias. Todas las tardes iban a la catequesis con Merce, después rezaban el rosario y a casa con Teresuca.

— No me puedo estar mucho que luego mi madre me regaña, me dice que no hago caso a Juanita y se enfada.

El abuelo estaba a la puerta con la soga de siempre y la abuela cosía algún avío, se sentaron con ellos y como siempre el abuelo contando historias de las de antes. A ellas siempre el mismo soniquete las aburría así que en un descuido se subieron al doblado y empezaron a imaginar cómo sería el día de la comunión.

A Inés le hacía más ilusión que a Teresa. Por supuesto a Inés la llevaron a Ávila a comprarla un precioso vestidito de organdí, con velo y todo, sin embargo Teresa no tenía esa ilusión, suponía que se tendría que conformar con el que María la vecina le pasara de sus hijas; casi siempre era así, María la auxiliaba a su abuela en muchas cosas, María no tenía muy buena salud y los chicos ya eran grandones así que necesitaba ayuda doméstica, la Baltasara andaba siempre en su casa, cuando no era lavando, era de matanza, cuando no de limpieza, bueno que allí estaba el refugio de los abuelos y de la niña, casi para todo, para lo económico y para el apoyo moral.

Esta primavera había disgusto, la madre de Teresa hacía mucho que no escribía, llegaba la hora de la comunión y no se sabía si iba a venir o qué, desde que tuvo a la niña la pudo el deshonor y no tubo más remedio que buscarse la vida para poder mandar a los abuelos algo de dinero para criar a Teresa.

De vez en cuando María la ponía cuatro letras a la dirección que los mandaba, cambiaba con frecuencia, pero casi siempre contestaba, aunque esta vez se demoraba, encima este verano no había venido así que la niña y los abuelos estaban mosqueados y tristes. Decidieron hacer el vestido de Teresuca con una batista que le había comprado a Manuela la de Navadijos, María con su máquina de coser era habilidosa y le quedaban los arreglos muy curiosos, así que de la noche a la mañana hubo un bonito vestidito con sus cintitas y todo.

El día de antes de la comunión a Inés no se le ocurrió otra cosa que enseñarle el vestido de organdí a Teresuca. Entraron por el porterillo y casi sin decir nada pasaron del portal hacia la escalera, creían que no las había visto nadie, como tenían tanto trajín preparando los dulces y la comida del día siguiente, pero cuando iban a subir hacia el piso de la ilusión todo se truncó, la madre de Inés las vio y sin pensar en la crueldad que iba a soltar dijo:

— ¿Dónde váis? ¿A qué tenéis que subir arriba? Tú ya lo tienes todo visto y Teresuca con las tachuelas de las botas me estropearía el suelo de linóleo. Así que corriendo de aquí.

Ninguna de las dos niñas supo qué decir, se quedaron boquiabiertas, las mujeres que faenaban en la cocina se callaron en seco, todas pensaron en la crueldad tan gratuita para con una niña, solo una niña. La madre de Inés no tuvo arrepentimiento ninguno pensó que era su casa, que podía ser cruel o lo que la diera la gana.

—...Bueno a seguir, que se nos llega la noche y no hemos preparado los flanes que le gustan mucho a mi señor tío Don Régulo, que creo va a llegar mañana desde Villatoro.

Las niñas llorosas, más aún Inés que Teresa, se despidieron hasta el día siguiente, Teresuca subía llorando por la calle del vijuelo, no creyó que la pudieran haber echo eso, sobre todo a ella; a sus abuelos no les importaba que ellas subieran a su doblado en cualquier ocasión, no tenía consuelo con nada, ni con sus abuelos ni en casa de María que la estuvieron bañando y peinándola un poco las greñas.

Esa noche no durmió bien, pensaba en su madre, que porque no había escrito, iba a ser un día importante en su vida, según Merce el más importante en la vida de un niño, y su madre no la acompañaría, se le caían las lágrimas como puños, pero no quería disgustar al abuelo y no le contó porque estaba triste, primero por lo de la madre y segundo por lo del linóleo, eso sí que la dolió.

Cuando amaneció el día, oyó algo raro, tiraron cohetes, entraba ya el sol a raudales y después del disgusto del día de antes, empezó otra mañana con la carita lavada, tenía la sensación de que hoy en la iglesia acompañada por los abuelos y los vecinos no se atreverían a hacerle daño nadie.

Subió María y la hizo unas trenzas preciosas, se las enroscó y le puso unos lazos en el pelo que la adornaban mucho, la metieron el vestidito ya planchado, parecía otra, la abuela se emocionó cuando sacó de un pequeño joyerito lo único que tenían de valor que eran unos pendientes que Damián la trajo una vez a su hija de Trujillo, los guardaban como lo único que tenían de valor en la casa y la abuela cuando se los vio puestos a la niña vio a su hija, no pudo controlarlo y se emocionó, se le cayeron dos lagrimones que la niña vio y supo que contenían, sobre todo la tristeza de una miserable vida mal repartida.

Entre todo el alboroto se oyó un coche cosa que no era muy común, pero ese día podía serlo, se oían gritos y saludos a la puerta, entre la claridad de la puerta como si se tratara de un aura apareció la madre de Teresuca, con un precioso vestido de flores, con unos zapatos blancos de tacón, con bolso, con moño, vamos como una modelo de los figurines que ella había visto en casa de Merce alguna vez; se abrazó a la niña hasta que no pudo más y lloró hasta que la separaron porque la estropearía el planchado del vestidito, todas estaban muy contentas, el abuelo andaba algo mosqueado con el acompañante de su hija, la abuela le miraba con resquemor, pero ahora no era el momento de valorarlo, luego la vida le valoraría por sí mismo y fue un buen hombre para con Teresuca y su madre.

Estaban a punto de irse para la iglesia cuando la madre de Teresa sacó su regalo y coincidió que eran unos preciosos zapatitos blancos de charol, sin tachuelas, con piso de suela, con un botón forrado de piel; se los pusieron y le sentaban de maravilla, enseguida pensó "si los hubiera tenido puestos ayer... a lo mejor sí que me habría dejado subir la madre de Inés a su doblado".

Subió las gradas de la iglesia de la mano de su madre, tan guapa, tan buena, creía que nadie en ese momento la podría hacer ningún daño. Ya había gente en el soportal, cuando llegó Inés de la mano de su madre se abrazó a Teresuca, no hizo caso de las recomendaciones de su madre y le dijo al oído que era a la única amiga que quería; cuando se separó de ella Teresuca le enseñó sus zapatitos de charol, entonces Inés le enseñó los suyos y sonrieron con malicia, eran iguales.